

Hoy me ofrecen una plaza de maestro

y me pregunto si seré capaz de ejercer esa profesión

Esther Charabati

"Cartas contra la autoridad" (México)

Esther Charabati ha escrito una obra titulada "Cartas contra la autoridad". Por supuesto, ni todos los maestros son así, tal como el que Hernán describe, ni todos los alumnos han tenido, desde luego, tan mala suerte. Pero es su historia: un joven que, al terminar la universidad, ha de tomar una decisión sobre su futuro. Y algo más: es también el ensayo de una crítica, según afirma su autora, "contra una sociedad que utiliza el sistema educativo para reproducirse e impedir el cambio; un cuestionamiento de los valores transmitidos".

Al editar esta carta en nuestras páginas, abrimos un debate sobre la influencia que una imagen escolar negativa tiene sobre una opción personal a largo plazo; y esperamos, por supuesto, que muy pronto veamos el ejemplo contrario: lo que vale la experiencia de modelos profesionales satisfactorios con los que un alumno se encuentra a lo largo de su vida.

Querido Maestro:

Como ves, aún te conservo en mi memoria con cierto afecto. Han pasado ya muchos años desde que me diste mi boleta por última vez. Dejaste de existir para mí durante mucho tiempo; apenas hace unos días me di cuenta de que sobrevivías en algún lugar donde yo he arrumbado todo aquello que no quiero tener presente.

Ahí estabas tú. Acabo de encontrarte mientras hacía limpieza, intentando dar un lugar en mi vida a aquellos recuerdos. Ahí estabas tú. Y hoy estás aquí, entre la hoja blanca y yo. No sé nada de tí, ni siquiera sé si existes ni qué has hecho con tu vida. Pero tengo que hablar contigo.

Te parecerá extraño que yo, un alumno tan gris, tan poco capaz, cuya voz escuchaste en contadas ocasiones, hoy se dirija a tí



dirija a tí en un tono tan alto. Es necesario. No habrá concierto, sólo un ajuste de cuentas.

"Te parecerá extraño que yo, un alumno tan gris, tan poco capaz, cuya voz escuchaste en contadas ocasiones, hoy se dirija a tí en un tono tan alto"

Soy Hernán, seguramente me olvidaste hace muchos años. Un maestro no puede recordar los nombres de todos sus alumnos, y menos los de aquellos que nunca destacaron en nada. Esta carta parece un reproche, tal vez lo sea, lo sabemos cuando termine. En todo caso es bueno que sepas que la escribo por un

imperativo. No puedo eludirlo. Si no quieres seguir leyendo, no lo hagas; escribo para mí.

Estoy en un momento difícil de mi carrera. Estudié Derecho y me han ofrecido una plaza en la universidad. Cuando escuché la propuesta pedí que me dieran unos días para pensarlo, y mientras lo hago, tú apareces en mi memoria.

¿Por qué juegas un papel tan importante en mi decisión? ¿Por qué reapareces en este momento? Nadie te ha llamado y sin embargo estás tan cerca que aún puedo escuchar tu voz empapada de ironía diciendo: "¿Así que Hernán no ha hecho de nuevo la tarea? No te preocupes, Hernán, todos sabemos que eso no es para los genios como tú que todo lo entienden sin necesidad de estudiar. ¡Qué hagan la tarea los bobos, los incapaces, no les que puean saber indones de una tormenta de ceros! ¡Sigue así, vas a llegar muy lejos!"

"Aún resuenan en mis oídos las carcajadas de mis compañeros. Tal vez tú nunca te diste cuenta, pero nos estabas enseñando una de las peores vetas de la crueldad: el burlarse de los demás"

Aún resuenan en mis oídos las carcajadas de mis compañeros. Tal vez tú nunca te diste cuenta, pero nos estabas enseñando una de las peores vetas de la crueldad: el burlarse de los demás. De acuerdo con los talmudistas, todos los hombres que sean enviados al infierno saldrán de él, excepto los adúlteros, los que avergonzaron a su prójimo públicamente y los que aplicaron a su prójimo un apodo injurioso. Yo no estoy seguro de querer que te consumas en el infierno, pero tengo que aceptar que tampoco me parece extremadamente injusto.

Difícilmente podrás medir el alcance de tu error. Los niños somos propensos a burlarnos de los demás, de la misma manera que acostumbramos mostrar nuestro enojo golpeando. Y se nos prohíbe golpear con el argumento de que somos gente civilizada, mientras se nos alienta a utilizar la burla y la ironía para canalizar nuestra agresión.

Aprendimos muy rápido. Nos tomó mucho menos tiempo que memorizar los nombres de los héroes patrios. Incluso a ellos les pusimos apodos, al igual que a tí, para que resultara más fácil identificarlos.

"Tú sabes que yo nunca fui un alumno brillante, pero esa lección me quedó bien grabada: cuando quieras que alguien se sienta mal, búrlate de él."

Tú sabes que yo nunca fui un alumno brillante, pero esa lección me quedó bien grabada: cuando quieras que alguien se sienta mal, búrlate de él. Y tengo que reconocer, avergonzado, que la he aplicado a menudo.

No creas que eras el único. Varios maestros -cuyos nombres por suerte no recuerdo- te apoyaron en esta empresa: el maestro de educación física gozaba durante los partidos de volley ball gritándole a Paco: "¡Tienes dedos de mantequilla, no puedes ni golpear una pelota!" Eso fue suficiente para que Paco se convirtiera en "El Dedos".

Bromas inocentes, por supuesto, sería ridículo buscar maldad en ellas, pero

también sería absurdo negar el peso que tuvieron en nuestra educación.

No todo fue negativo, por supuesto. Y hay que tener presente que eras joven y no tenías mucha experiencia en la docencia. Pero estos días me he venido preguntando si la juventud o la inexperiencia justifican estas actitudes. No he dado una respuesta definitiva, pero me inclino a creer que más que una falla del maestro era un vicio del hombre.

Claro, los maestros también son hombres, soy consciente de ello, pero tal vez no sean los más adecuados para confiarles la educación de los niños.

Las carcajadas resuenan en mis oídos. Entre otras cosas, porque eran frecuentes. La aritmética me costaba mucho trabajo y los problemas tan simples que nos planteabas eran para mí acertijos que había que adivinar. Y generalmente fallaba. Debes reconocer que tus problemas tampoco eran muy adecuados: "En el cumpleaños de Pepe había cuatro invitados. Su mamá partió el pastel en octavos. ¿Cuántos octavos le tocó a cada uno? ¿Cuántos octavos sobraron?"

Este problema me suscitaba las siguientes preguntas: ¿Cómo se partirá un pastel en octavos? Cuando yo iba a un cumpleaños nadie mencionaba las fracciones para repartir el pastel. Se cortaba en rebanadas y ya. Por otra parte yo no sabía si Pepe y su mamá también habían comido pastel o no, y no me explicaba por qué tendría que sobrar. Generalmente se lo comen los que acaban primero.

Como ves, tu problema no era nada sencillo, además de estar mal planteado. Y cuando tú leías mi respuesta "les tocaron una o dos rebanadas y no sobró ninguna", brillaba en tus ojos una chispa que me aterraba y decías: "Pues si ellos comieron una o dos rebanadas y eso te parece adecuado, también te dará igual si yo te pongo cinco o diez; y he decidido añadir otro hermoso cinco a tu colección".

Yo nunca podía distinguir claramente lo que decías. En el momento en que percibía la ironía de tus palabras apretaba mis manos contra mi cuerpo y cerraba los puños para protegerme. El pánico me invadía y me pintaba el rostro de rojo. De ahí proviene el apodo que me pusieron.

Tú puedes alegar que ésa no era tu intención. Estoy dispuesto a creerte si me dices cuál era tu verdadera intención, pues no logro identificarla. Seguramente no eras tan tonto para creer que yo aprendería a mi manera, ni que yo reaccionaría a tus burlas intentando demostrarte de lo

que era capaz. En todo caso, si esa era tu tesis, tuviste tiempo de comprobar que no era correcta.

Si al entrar en sexto año yo era un "mal alumno" como acostumbraban a etiquetarnos, al salir de la primaria, estaba convencido de que era un imbécil de nacimiento y de que todos mis esfuerzos por mejorar eran infructuosos.

Si al entrar en sexto año yo era un "mal alumno" como acostumbraban a etiquetarnos, al salir de la primaria, además de tener las más bajas calificaciones, estaba convencido de que era un imbécil de nacimiento y de que todos mis esfuerzos por mejorar eran infructuosos. Mi meta de ahí en adelante sería el seis. Seis significaba que seguía teniendo un lugar dentro de la sociedad, que no me señalarían como a los leprosos y a los reprobados. Tenía que poner todo mi empeño por mantenerme en el seis.

Tal vez soy injusto. El que yo estuviera convencido de mi mediocridad no te lo debía exclusivamente a tí. Los maestros anteriores también contribuyeron de manera eficaz. No podría determinar con exactitud cuándo surgió este sentimiento, ni tampoco podría decir hasta cuándo sufriré las consecuencias. Ya ves, hoy me ofrecen una plaza de maestro y me pregunto si seré capaz de ejercer esa profesión. Escucho tu risa que aún me causa temor y pienso que, sobre todas las cosas, no quiero ser como tú, ni quiero causar tanto daño. Soy duro. Tal vez lo aprendí de tí. Eras perfecto. Todo lo sabías, o más bien eso aparentabas. No aceptabas ningún fallo. Teníamos que saber la lección de memoria. Los cuadernos debían estar siempre limpios. Las respuestas en clase debían pronunciarse en voz alta y ser precisas. No estaba permitido olvidar la regla o la pluma roja, y una regla rota o un compás sin punta siempre suscitaban el mismo comentario: "los malos obreros siempre tienen malas herramientas".

Tú cumplías con estos requisitos, lo que te confería autoridad y poder. Y los ejerciste como un tirano. Era fácil juzgar a los demás desde tu olimpo, sobre todo porque a tí nadie te juzgaba. Hoy usurpo esa función y creo ejercerla con gran generosidad.

Me despedido de tí aclarándote que éste no es el final. El juicio apenas empieza. **Hernán**